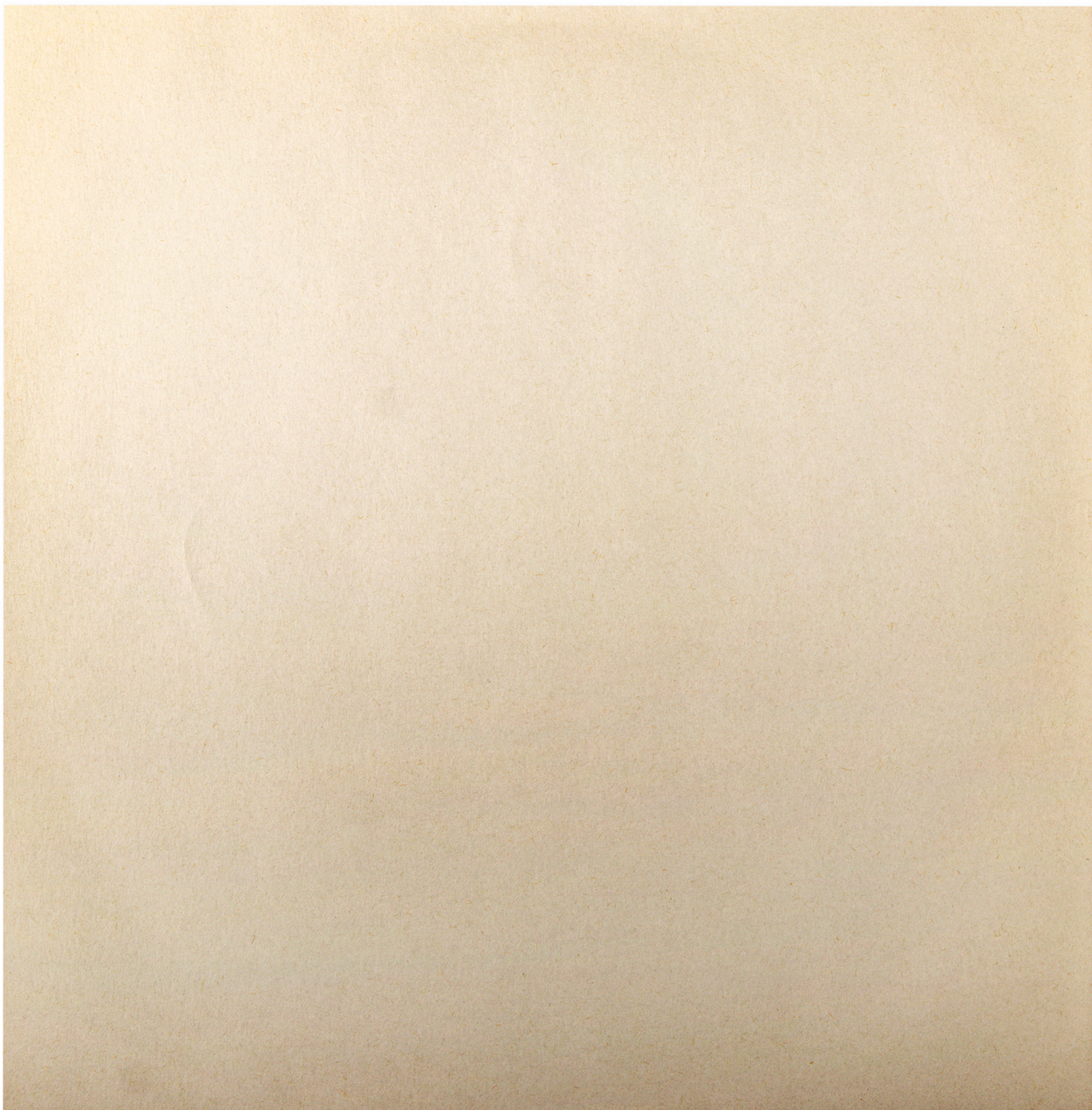


RUBEN BONIFAZ NUÑO

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACIÓN

Hay soledades que nunca se acompañan. De esas soledades está hecha la poesía de Rubén Bonifaz Nuño. La alegría de sus cantos de amor es fugaz. La triste tortura de la desolación es permanente. La quiere quebrar y no puede. No logra salir de sí mismo y escribe. Sólo así consigue algo. El poema, basado en su experiencia profunda, deja de ser intimidad para convertirse en cosa pública. Un pudor varonil, honesto y recio, permite que esto suceda; ya publicadas sus sensaciones, sus emociones, dejan de ser suyas y pasan a ser signo, testimonio común de todos los que han vivido esas soledades, en semejantes estados de ánimo. Es la soledad del yo más inmediato. El que no sólo ha visto destruido su mundo, su sociedad y su familia, sino es testigo permanente de sí mismo, y se ve a sí mismo también quebrado y roto; ve su cuerpo, su rostro; contempla su pensamiento, sus sentimientos, su moral y sus valores —también destruidos—; es el testigo que mira al testigo que mira.

Leo sus libros e imagino su historia. El adolescente anhela llenar su vacío de ser; desea adquirir y al mismo tiempo dar de sí; su propia cosecha no da para tanto; se nutre con sabiduría en los demás. Se ve en los demás; en los libros se encuentra. Va configurándose a imagen del deseo que tiene de ser. Algo rechaza de lo que trae. No puede deshacerse de eso y reniega de tenerlo; exagera sus propias virtudes —como exagera sus defectos— y las colma de cosas ajenas; pero descubre que sigue siendo el mismo. La realidad de sí repugna a su deseo de ser; lo mismo le pasa con su mundo; su mundo cada vez más extraño, que cada vez lo hace más a un lado. De pronto el amor le depara la mujer que ha deseado. Rebasa todo lo que los poemas, las cartas de amor le han dicho de ella; la mujer real es más hermosa que la mujer imaginada. La búsqueda de esa mujer —tras el encuentro— es torturante: demasiado buena para ser verdad; teme perderla. Las efusiones del encuentro producen una plenitud insospechada; pero el temor de perderla es anuncio irremisible del retorno al tedio, y éste es el preámbulo finito de la soledad. No queda más remedio que recordar lo que fue. Después, el vacío. Otra vez la calle, sucia, estéril. Y él por ella, viendo lo que pasa; las manos en los bolsillos, la sonrisa amarga en la boca: al encuentro de lo que no tiene sentido, de lo que es grotesco y es la vida, y por esto sólo vale la pena;

por *Henrique González Casanova*

sin mayor convicción. Ya el testigo no es sólo testigo de sí; contempla a los demás; los penetra y los escinde; un gesto ajeno es una imagen propia, personal y dañina; es también bálsamo, reconocimiento de lo humano; y a partir de eso, anhelo de que se recomponga el mundo. No mucho; el hombre está abrumado.

Se tiene que vivir un mundo cotidiano porque no hay más remedio. Fuimos educados para lo excepcional y nos lleva lo corriente. No compartimos las ambiciones del día; al condenarlas, nos hemos condenado: no aspiramos a ser ricos, ni fuertes, ni poderosos. Añoramos la vida sencilla del campo; tenemos una dignidad de pobres vergonzantes. El "pobres pero decentes" no lo tendremos ya como el "Jesús" en la boca; pero no lo hemos desechado de lo más entrañable de nuestra moral. Que otros compongan el mundo. Es necesario; y nosotros, fuera de él, veremos y diremos lo que pasa, si es de nuestro gusto o no. Nos reservamos el derecho de tener opinión; nuestra propia opinión. El arte, la belleza, rodeadas de tedio, son imposibles; ni el mundo ni nosotros estamos hechos para alcanzarlos, aunque la vida sea más larga de lo pensado. La belleza y el arte, nuestros ideales, ¿cómo acomodarlos en un mundo en el que prevalece lo feo? Mediante el amor; pero éste conduce al desengaño. El prójimo se nos descompone; hacemos asociaciones temerarias; siempre conscientes de nuestra miseria, destruimos los dioses. No, no puede ser verdad tanta belleza. Desaparece la mujer amada y nos hallamos en el cuarto de hotel, sórdido, con la prostituta barata. Y sin embargo, en todas estas palabras se advierte un ardor varonil, un deseo de que las cosas sean de otra manera. Ardor y deseo sofocados por hechos que pesan más allá de la voluntad de una persona. Un mundo ha sido destruido y todavía no se forma otro.

Muchas veces se ha asegurado que la poesía mexicana es de tono menor, discreta, sutil y fina. Esta poesía, la de Bonifaz, es la poesía de un agraviado; hierde, es indiscreta; no es fina; es de una complejidad sutil; tiene algo de maldición, pero más de lamento musitado. Es un canto recio y varonil que se ahoga en la garganta; no llega a ser canto, pues; es murmullo, murmuración, más que de rebelde, de revolucionario que se ha adelantado a las huestes. ¿Por qué será todo esto?

Rubén Bonifaz Nuño nada más es poeta. Como escritor, se entiende; y claro, hasta ahora. Estudió la carrera de abogado; se distinguió como alumno en la Facultad; durante un breve tiempo, en el ejercicio de la profesión. Después pasó a servir al Estado y más adelante a la Universidad Nacional. Contribuyó con eficiencia al traslado de esta institución a su nuevo domicilio, en el Pedregal de San Ángel, y en buena medida se debe a él la nueva Imprenta Universitaria, bajo su gobierno actualmente, como director general de publicaciones. En la Facultad de Filosofía y Letras enseña Latín, desde hace dos o tres años; y es uno de esos estudiantes asiduos que en torno a don Ángel María Garibay K. y a Miguel León Portilla reaniman hoy los estudios de cultura náhuatl. Pero es ante todo un poeta; por la poesía ha ido a dar a los estudios de las cosas antiguas de Roma, de México, y a reanudar una vieja tradición mexicana que años de inestabilidad política —vitandos para la consolidación del país como patria y como nación— nos habían hecho quebrantar.

Tengo el privilegio de conocerlo desde que éramos jóvenes, estudiantes en la Escuela Nacional Preparatoria; ya desde entonces tenía ese aire de hombre anacrónico que le es característico y que acentúan su melena leonina y su chaleco cruzado. Verlo crecer ha sido equivalente a ver cómo se hace un poeta. Contemplar la vocación poética como ejercicio, práctica y oficio cotidiano. Hay en mis librerías un ejemplar de su primer cuaderno de poesía, *La muerte del ángel* (1945), publicado por Firmamento. Comparo la letra de su dedicatoria y veo que en 18 años no han cambiado sustancialmente sus rasgos, ni los rasgos de su firma; es su misma letra de hoy, es su misma firma. La poesía es en cambio distinta; la de hoy es de uno de los poetas mayores de México, lo que vale decir, de uno de los mejores poetas en lengua española. Aquella de 1945, incipiente, es bello testimonio de una adolescencia audaz, resuelta a alcanzar la grandeza literaria; buen ejemplo, por eso, para quien quiere ser poeta.

Hasta qué punto el poeta es obra de su medio y su tiempo; hasta qué punto es producto de sí mismo; sin duda la obra y la vida de Rubén Bonifaz Nuño se prestan para responder a estas viejas preguntas. Recuerdo que nació en Córdoba, Veracruz; hijo de una familia oriunda de Chiapas, o muy ligada con ese Estado de la República en el que aún se advierte la huella brutal de la colonia española y que es hoy una colonia de la creciente nación mexicana. Su hermano Alberto, el novelista, ha captado con un realismo inverosímil esa realidad, semejante al mundo de Valle Inclán. Pero Rubén, con todo esto, es un hijo de la ciudad; con la ventaja de serlo al mismo tiempo de una de esas ciudades o villas provincianas que la ciudad capital ha abrazado poco a poco, sin destruir del todo sus propias estructuras: San Ángel—Villa Álvaro Obregón, por nombre oficial a partir de la muerte del caudillo, o poco menos— población al sur de la ciudad, población arbolada, residencia de familias antiguas, llena de casas viejas y hermosas, escenario frecuente de la historia y la literatura nacionales. Allí ha vivido toda su vida.

Se educó en las escuelas públicas en Mixcoac —otra población semejante a San Ángel y próxima a ella—, hizo los estudios secundarios en una escuela cuyo edificio había sido del colegio de las monjas teresianas, profesoras de niñas. Después, como tantos otros estudiantes de todos los rumbos de la ciudad, fue a la Es-

cuela Nacional Preparatoria, en su viejo edificio de San Ildefonso, en el centro de la ciudad vieja, hasta donde viajaba en tranvía, y como otro poeta, Octavio Paz, hacía del vagón amarillo y ruidoso salón de lecturas, cuando no salón donde apreciar un espectáculo humano, variado y accesible. Más adelante fue a la Facultad de Derecho, donde se licenció de abogado, y a la Facultad de Filosofía, en su viejo local de Mascarones, en cuyos salones, corredores y patios pasó tardes enteras de años largos, rompiendo el tedio —o haciéndolo más grávido— en la conversación con amigos, a la vista o en compañía de las muchachas que estudiaban Historia, Letras, Filosofía. Eran los años de las novedades, de los descubrimientos, de la aspiración al rigor y a hacerse valer.

Creo que los hechos políticos influyeron de manera peculiar en los mexicanos que nacieron en los primeros años de la década de los veinte, y en especial en quienes de ellos llegaron a la conciencia en medio de la íntima tristeza reaccionaria; con los silencios y los rumores de la persecución religiosa; la presencia, que se temía procaz, del “pelado” en los puestos de autoridad; el saber del asesinato, de la muerte estúpida o heroica o cruel; la indignación sorda que produjeron las matanzas políticas, Huitzilac, Topilejo; el encono hacia los jefes de la policía, sanguinarios de risas ominosas; y también, enterados de los estudiantes y obreros que eran asesinados; de los cristeros que cortaban orejas a los profesores rurales y asesinaban a los agraristas; los hacendados que pagaban a las guardias blancas; los ingenieros de la Compañía de Luz que conspiraban contra los presidentes; los atentados que lograban su intento de destruir a los revolucionarios en la persona de uno de sus jefes y los que se “cebaban” y acentuaban el fracaso de la reacción y fomentaban aún más su resentimiento; la sangre del Padre Pro, seca y sucia y guardada como cosa bendita en un tubo de cristal; la nacionalización de los colegios particulares, la educación socialista y las luchas a muerte por la libertad y la autonomía universitarias; las actividades de la Liga de Acción Católica y los nombres de sus héroes que se quedaron con el dinero y se enriquecieron y siguieron siendo admirados; los estudiantes católicos y los estudiantes socialistas, y los camisas rojas, y los estudiantes que murieron en San Fernando y los que también fueron asesinados en Tabasco. Y el país todo, que se hacía, a pesar de los abogados que habían ido a la Revolución y decían que la Revolución no se había hecho para eso, y criticaban al gobierno de la Revolución; defendían a las compañías petroleras; procuraban amparos a los hacendados. Un país que se hacía, una sociedad que en medio de todo se iba haciendo, sobre otra, tomando de aquella más de la cuenta, a pesar de lo que pensaban los viejos empleados, que añoraban los años de orden, los gobiernos de orden, cuando cada quien estaba en su lugar y la gente decente manejaba el país; la gente que ahora, por serlo, no podía participar en nada, porque la fruta sana que se junta con la fruta enferma, también se pudre, y eso sí no.

Todo esto tuvo que ver de alguna manera con nuestras lecturas, con nuestras aficiones y nuestros prejuicios. Algunos se mostraban reticentes ante todo lo que fuera nuevo. Y sin embargo era imposible sustraerse al influjo de los nuevos escritores, los de España, los de América, los de Europa; algunos de ellos introducidos o traducidos a nuestra patria por jóvenes alerta de aquellos días que a nosotros nos parecían entonces viejos ya e inoperantes; error grave que habríamos de tardar años en rectificar. Los jóvenes sentiment-

les se inclinaban al romanticismo, pero alguno —Rubén— comparaba la lectura de Bécquer con la lectura de los clásicos del Siglo de Oro, o de antes. Había cierto desdén por la obra de los mexicanos. La polémica sobre si los aztecas habían tenido poetas todavía no se dirimía con la difusión de las espléndidas traducciones de poesía de la Altiplanicie hechas por don Ángel María Garibay K.; cuando aparecieron esas poesías, publicadas por la Universidad en su Biblioteca del Estudiante, hubo entre los jóvenes de entonces quienes se negaron de plano a leerlas, quienes las consideraron apócrifas, quienes habiéndolas leído las desdeñaban con violencia. Todavía era muy ruda la batalla tradicional entre Cuauhtémoc y Cortés. Valdría la pena examinar hasta qué punto los españoles que llegaron a México a partir de 1939 fueron un factor de conciliación nacional, que coadyuvó a la toma de conciencia del carácter mestizo de nuestra cultura y de la ya inevitable existencia de nuestra doble progenie. El hecho es que los hombres que entonces se dedicaban a las actividades culturales en México recibieron un vigoroso refuerzo con aquella gente; el espectro de posibilidades que se ofrecía a los jóvenes se multiplicó; el diálogo se hizo más intenso. Alfonso Reyes, ya de regreso en su patria, ponía manos a la obra de enriquecer nuestra conciencia nacional y situarnos, en tanto que mexicanos, como herederos de toda la cultura humana, comprometidos a participar en el aumento de ese patrimonio.

A ese telón de fondo habría que añadir los años de la guerra. La guerra de España, la guerra de Europa, la guerra de Asia. Los años duros de la lucha contra el fascismo, y los años duros de la guerra fría, el macartismo, el ataque constante a las instituciones democráticas. Las delaciones, los juicios políticos, la violencia organizada contra las clases populares, contra los liberales, contra los que quieren expresar su juicio sobre las cosas y piden que los otros puedan expresarlo. Y en la ciudad, en el país, la sequía que duró algunos años, los universitarios que al amparo de la guerra fría se corrompieron en el ejercicio del poder, la marcha ominosa de los tanques del ejército por las calles de la ciudad, el asalto de los sindicatos por los líderes corrompidos. Las bombas de Hiroshima y de Nagasaki. Se dice tanto que vivimos años cruciales y de crisis que a veces olvidamos la zozobra de esos años, la angustia, la inseguridad que traen consigo para muchos; la soledad que provocan en quienes fueron educados para la estabilidad, para una sociedad jerárquica y segura, donde es de prever el progreso regular, en orden, de quien trabaja. Esa sociedad, por cierto, puede no haber existido nunca; eso es lo de menos; su imagen existió para muchas generaciones de hombres, mujeres, niños —las generaciones victorianas, porfirianas, del mundo de la seguridad— a quienes se enseñó que la virtud sería recompensada; esas generaciones que se educaron en esos designios, hechas de ilusos desengañados, educaron a sus hijos en la ilusión y el encono; les enseñaron a considerar que si las cosas no eran como debían ser, esto era peor para la realidad; les enseñaron a sustraerse de la realidad; a evadirse de ella y los condenaron a añorarla siempre.

El mundo de esas generaciones se vino abajo sin caerse del todo. Los advenedizos que ellos reprobaron severos, no sólo erigían sólidas casas y se beneficiaban de firmes negocios prósperos, sino que hacían suyos los viejos ideales. Esto no podía ser; era inevitable la soledad; la transacción no sólo era contraria al decoro, se empeñaba a hacer imposible; se había sido desplazado del mundo, sin

que los valores de ese mundo hubieran sido desechados; los nuevos no podían, pues, ser sino unos falsos. El mundo nuevo era falso. En estas condiciones, era inevitable la soledad. Pero no sólo por eso, claro, sino porque se había perdido la clase a la que se pertenecía, no en tanto que símbolo; sí en tanto que realidad económica. La frustración del hombre que, avocado a la vida común, a la vida dentro de una comunidad, tiene que frenar sus instintos gregarios, ser individuo antes que nada, para no dejar de ser al ser desplazado de su comunidad, se vuelve entrega imposible y codicia de los demás, insaciable. De ese rompimiento de un mundo que no construye otro para quienes caducaron antes de morir, porque el régimen para el que fueron hechos se acabó antes de que ellos vivieran, nace la poesía profunda, desolada, hiriente, de Rubén Bonifaz Nuño.

Después de haber intentado el restablecimiento del orden, convalidando y haciendo actuales viejas jerarquías literarias en su libro juvenil y perfecto, *Imágenes* (1953), tuvo que buscarse a sí mismo en el desorden, en el caos de un mundo roto; así halló a los demás; supo del amor; y retornó a los orígenes próximos y a los más distantes en el tiempo, hasta hacerse cada vez más hombre de su tiempo.

Ese libro respondió a un momento de nuestra historia cultural. Una confusa multitud de valores se disputaba la escena literaria en la década de 1940. En 1949, José Luis Martínez pudo hacer un examen pesimista de nuestra literatura, porque la vio en sus términos, sin perspectivas dinámicas. Los poetas y novelistas de las generaciones adultas parecían haber callado, salvo las excepciones, que aunque fueran notables no dejaban de ser personales. Los jóvenes no habían definido aún sus propias personalidades de manera suficiente; los mejores parecían corifeos de las generaciones anteriores; los más, por lo que hace a la poesía, parecían haber derrotado toda posibilidad de que se hiciera, en una insensible e impúdica retórica de llantos, cenizas, polvos, entrañas, en que el grito y el lamento contaminaban y destruían el valor significativo de las palabras, y eran indicio claro de la enajenación de quienes merodeaban por la poesía. En ese momento un grupo de jóvenes reclamó de nuevo la necesidad del rigor para desempeñar la tarea literaria; abominaban de la fácil facilidad. Bonifaz, entre ellos el primero, disciplinó su espíritu en la lectura de los clásicos latinos. Su libro fue de inmediato una llamada de atención. A partir de él —no por él; pero en forma coincidente— se reanuda como tendencia la actividad serena de la poesía mexicana; se empieza a advertir el fulgor radiante de la poesía de Octavio Paz, y los poemas espléndidos de Alí Chumacero, que intimidan a tantos, se empiezan a reconocer como base sólida del nuevo arranque de nuestra lírica. Las jerarquías de la cultura se han restablecido hasta cierto punto; poco a poco, para una sociedad nueva, de hombres indisciplinados y con frecuencia violentos, se van imponiendo y sedimentando los nuevos valores, cuya aceptación empieza a ser común; los hombres y mujeres del oficio empiezan a prevalecer sobre los aficionados —hombres y mujeres— a la poesía que medraron al amparo de años de desdén e ignorancia del arte literario. Las generaciones vuelven a enlazarse unas con otras; se empieza a aceptar la diversidad de estilos y propósitos con tal que se logren.

Ese libro, *Imágenes*, fundamental en la historia del poeta, de cómo se hace, fue desechado en este disco por Rubén Bonifaz Nuño;

lo mismo ha ocurrido con *La muerte del ángel*, donde apuntó el nacimiento del poeta. Los poemas registrados, en la voz viva y doliente de Bonifaz, pertenecen a *Los demonios y los días* (1956), *El manto y la corona* (1958), y *Fuego de pobres* (1961), que ostenta un epígrafe griego y uno náhuatl. Dice el primero, tomado de la *Iliada*: "los dolores sin embargo, dejemos yacer en el ánimo, aun estando afligidos: pues ninguna ganancia se saca del triste llanto." Y el segundo, del *Códice florentino*, dice así: "Y si tal vez así fuera; si tal vez saliera verdadero; si así están las cosas sobre la tierra, ¿acaso por esto estaremos amedrentados? ¿Acaso por esto viviremos con miedo? ¿Acaso por esto llorando viviremos?"

Los epígrafes dan idea de lo que es la poesía de Bonifaz y de la formación literaria de éste, de su intención. De la preocupación que tenía cuando escribió *Imágenes*, cómo hacer versos, ha pasado a la ocupación, en que está ahora, de decir algo en los versos. De haber pensado en sus primeros años que lo más importante de la poesía era la habilidad técnica, el manejo elegante de las vocales y las consonantes; cuando aprendió a escribir se percató "de que la poesía no es más que un instrumento para entrar en contacto con los demás y para tratar de servirlos. Un modo de hacer conscientes las diversas experiencias vividas, expresándolas en un lenguaje peculiar. La poesía de esta manera viene a quedar atravesada de exigencias morales, que son aquí y ahora, al fin de cuentas, su única justificación posible".

Las principales preocupaciones que Bonifaz tiene actualmente en relación con su obra poética están directamente ligadas con las que esboza en las palabras transcritas y con las que consisten en "lograr un poema sin elementos prosaicos, que vienen a ser un peso muerto. Me preocupa —dice en unas notas a un amigo— que todo el poema esté traducido a poesía, aunque pueda resultar racionalmente incomprensible. Pienso que la transmisión poética debe ser hecha por encima o por debajo de la razón, pero nunca a su mismo nivel. Además, me preocupa mucho que mis versos sean mexicanos y, perdóname, de tendencia revolucionaria".

Son revolucionarios dentro de la poesía mexicana, por lo que tienen de esfuerzo por sintetizar las dos fuentes primordiales de nuestra cultura, y lo son por lo que muestran y comunican de los hombres desolados de hoy. Su poesía no es una poesía de colores ni de palabras. Los adjetivos son raros en general, pero más raros son los que indican color, como lo son también los sustantivos que nombran los colores; los que hay son pocos, el rojo, el gris, el blanco, el negro; en toda la obra, unos cuantos verdes. No hay en sus poemas palabras inútiles, las usa todas para nombrar sentimientos, acciones, cosas, estados de ánimo, pensamientos fugaces. Este poeta que se enseñó a serlo en la lectura de Bécquer, Manrique, Garcilaso, Lope; que se aficionó a Tagore y Rilke, es obra de Bécquer y de los poetas nahuas, de Rilke y los poetas latinos y de los autores de la Biblia; tiene un poco de César Vallejo y de Pablo Neruda un poco. En su poesía vuela la mosca homérica; hay el trasunto de los dramaturgos griegos, lúgubres y trágicos; la influencia de los españoles (Quevedo, Góngora) y los latinos (Horacio, Virgilio) se advierten como riqueza exterior; son muestra de rigor íntimo; en *Fuego de pobres* la influencia de los poetas nahuas satisface una necesidad interna, inevitable ya en el ser mismo del poeta que alcanza plenitud. A estas alturas, este poeta, hechura de tantas influencias y disciplinas severas, siente que se ha

quedado sin dioses; precisamente hoy que empieza a contar entre los mayores de la poesía mexicana.

En *La muerte del ángel* el poeta de 21 años no tenía más que el silencio "y el amargo acento/ de no decirte nada..." Afirmaba que lo mejor de sí mismo era su deseo de la poesía y la llamaba y le pedía que le diera "la alegría/ y el dolor que tu mano distribuye". En esos versos había algo más que una capacidad retórica; estaban las bases del propio destino. Amaba a la poesía y estaba triste sin ella. Empleaba la soledad en buscarla por medio de los sentidos. Desde aquellas palabras ha cubierto la ruta que va del vacío a la desolación. La añoranza primera, de llenarse, después de una furtiva plenitud, es hoy tristeza de no estar saturado. El pequeño libro tiene el valor de una premonición en la que el poeta manifestaba a qué estaba vocado.

Ocho años después, publicaba en *Los presentes* (en su primera etapa) su *Poética*, consigna de rigor literario que daba con el ejemplo del propio poema. Las palabras de la poesía mexicana aparecían sometidas de nuevo al troquel del arte, y lucían con alarde en su belleza singular y espléndida. A los polemistas desmelenados que hacían pronunciamientos periodísticos a favor de la forma o a favor del contenido decía:

Cualquier tema debe ser admitido
en la grávida pureza de un verso
como noble material. El asunto
no es la fuente de la dulce hermosura.

Nunca el tema es de por sí poesía
sino sólo desolada materia:
el informe desamparo que el arte
amuralla contra el filo del tiempo.

También señalaba entonces a los confundidos que los objetos dentro del poema no pueden ser nunca lo que son ellos solos, sino más de lo que son; la palabra les debe dar "lumbre, intensidad y sentido". Y la soledad o desamparo de la materia era comparable al desamparo de los hombres, sólo protegidos por la belleza. La invocación al canto, contra el silencio, la hacía diciendo:

no importa que lo ignoren muchos
si hay uno que pueda comprenderlo.

Aunque los poemas de *Imágenes* hayan sido descartados por el poeta al hacerse este disco, acaso porque entre ellos fulguran algunos de carácter suntuoso, cuyo esplendor no se conlleva con la tristeza y andar a la deriva que parece querer cantar hoy el poeta, en las páginas de ese libro está no sólo el modo predominante de su poesía: la imagen, sino estos versos que son como una síntesis de lo que se dirá, de distintos modos, después:

Pero estamos solos; hundidos
en una corriente confusa,
debajo de una lluvia eterna.
Vamos desesperadamente
perdidos, tendiendo los brazos.

Buscamos sin hallar, pidiendo
en vano siempre; recordando;
llamando sin que se nos oiga.
Lejos, inalcanzada, brilla
la ausente luz que no tuvimos.

Ahí también se advierten ciertos caracteres propios de la estructura semántica de su poesía: la preferencia por el uso del verbo, la escasez de adjetivos, que casi siempre denotan texturas, formas, tonos de luz y sombra, sabores y olores. Ya ha logrado el dominio total de la palabra; ya usa las palabras para lo que quiere decir, y ya empieza a hablar de una vida a la deriva, que él no conduce, que no conducimos:

Indefensos estamos. Vemos,
pasamos, somos invadidos.

Lo débil, lo lento, lo opaco, lo turbio, lo trivial, lo enfermo; todo eso alterna con el ser solos, el estar perdidos; y se combina con los residuos de los cuentos oídos en la cocina, al calor del brasero; aparecen así "los colgajos de lluvia", el "ruido de los huesos destartados", "el peso mustio de la tristeza de un adiós". Hay un proceso de surrealismo al revés; los pianos expuestos en las calles, las escaleras, las pequeñas casas abandonadas, son enteramente reales, pero tienen el carácter de resonancias literarias que ayudan a poner al descubierto realidades inmediatas: "ordena un mundo tibio y silencioso", y empieza a advertir, tan pronto, él, que se lanzó a la vida como un buscador que quería llenar su vacío,

que se nos fueron muchas cosas,
y que nada nos queda nuestro.

Da forma a la soledad; voz al silencio. Empieza a aflorar, a pesar de la gallardía que le da el dominio de su retórica ("Jóvenes mujeres suntuosas pasan/ llevando pesados olores..."), la sensación irreprimible de temor, anhelo, ansia: "una angustia doliente y muda", a la que da la palabra: mientras,

Lejos, el mundo, ajeno, se deshace
callando su color...

Precisamente su color. No es casual que en su poesía la gama de colores sea tan corta y, además, recurra tan poco a ella. Una nueva definición del poeta, de su oficio, de su función:

En medio del alba mira el poeta
las íntimas ligas que entre las cosas
forman una red invisible. Sabe.
Ve las diferencias conocidas,
las inadvertidas semejanzas,
y con signos suaves, sin tiempo
—magia de junturas simples y astutas—
recuerda, desviste, compara, niega,
y encuentra, en el dulce canto que forma,
un modo inocente de estar contento
y de hacer el bien a los que pasan.

La poesía sirve para detener el tiempo, para establecer relaciones íntimas entre las cosas. Se capta así el deseo fugaz que provoca "el denso aroma de una falda", y la mujer desnuda se recuerda por "el olor del cuerpo en abandono". Aparece también el amor ("siempre en la memoria"), lo macabro (en los bellos tercetos a Eurídice). El tiempo sin futuro es "la cuna de todos los recuerdos": "Y objetos lejanos que pasan/ encienden el dolor y el sueño". Se está al margen; el estarlo produce dolor y suscita la evasión. Éstos serán los temas que habrán de predominar como sustrato en todos sus poemas; aun en los más vehementes, en los que quiere lanzarse e inducir a que otros se lancen a conquistar el mundo, parte de ese supuesto.

Oye el fluir de la propia nostalgia; cada objeto que mira recuerda algo que ha pasado, se desordena o destruye. De fragmentos hace ámbitos. La vida, la carne henchida de placer, le hace recordar la muerte, y todo lo que le queda es el ansia, "la clara nostalgia en plenitud". Es el canto; lo único que remedia de la tristeza y el abandono; lo único que la fija y la hace inmortal. Poeta del gusto, del tacto, del olfato; con la vista mira de preferencia las formas. En su poesía amorosa prefiere el canto llano, el amor confesado de manera directa, con solemnidad llena de ternura. Todos los grandes recursos aprendidos de los poetas mayores entran en juego armonioso, perfecto, para decir qué es el amado, quién es, cómo es, cómo encuentra a esa mujer, la mira, toca. Lleno de alegría, de codicia amorosa, elegante y fina, escribe su "Ofrecimiento romántico", sus "Canciones para velar su sueño", y su "Canto del afán amoroso". En medio de la efusión dichosa exclamará:

—¡Oh desesperación, oh soledades
idas! ¡Oh soledad!
¡Oh la ajena dulzura de sus días!—
Qué felizmente triste
fuiste; qué tristemente
alumbraste el misterio de su vida.

Y en *El manto y la corona* esa tendencia amorosa alcanzará en la plenitud del amor carnal, a formar uno de los más hermosos libros de amor que se hayan escrito en lengua española. Por otro lado, los gérmenes de angustia que hay en las *Imágenes*; los indicios de desolación, y el gusto de haber amado; todo ello regido por una mano firme que escribe las palabras que precisa, con sus sílabas y acentos exactos, dan de sí para hacer unos versos que se estructuran y ligan entre sí, aun cuando aparezcan sueltos, hasta construir el poema (eso es, como es eso *El manto y la corona*) que se llama *Los demonios y los días*, y que nos muestra ya a un poeta maduro. Este poeta, aparentemente en riña con las palabras, riñe en realidad con los hechos de una vida suya, que no es suya, y de los demás, que no es de ellos. Los hechos en que nos gastamos, quedan; los imposibles van creando sedimentos, costras, y al mismo tiempo que se hace nuestra vida cotidiana, se deshace la imagen que forjamos de nosotros mismos y de la vida. No es el momento de la aceptación, ni de la renuncia. Aquel joven que invocaba al ángel y deseaba llenar su vacío; aquel que después sintió la madurez y la plenitud de la entrega, cayó de nuevo en el vacío de sí mismo, de la vida que fluye y escapa:

Caminos, esquinas, encrucijadas.
Silencio de gente que se ha dormido;
que se ha protegido con paredes
y puertas y carne; que se oculta
de su corazón que sabe.

El otro se yergue como un reto. Se escabulle; hay que buscarlo. Se necesita compañía; se requiere de los compañeros. La calle y la gente han entrado de pronto en la poesía de Bonifaz. Y éste nos habla con voz sencilla de todo lo que pasa. Habla de los oficios; reconoce el valor de los mismos: "tienen un lugar entre todos: sirven". Y a propósito, al declarar su oficio, lo define:

...aprendo a cantar. Yo junto palabras justas
en ritmos distintos. Con ellas lucho,
hallo la verdad a veces,
y busco la gracia para imponerla.

Versos viriles, recios, en los que las palabras comunes del habla popular encajan certeras; cumplen su función en el discurso poético; se ennoblecen y hacen más rica, más grávida la estructura astuta en que se engarzan. Es una poesía rica en contrapuntos, producidos por los valores semánticos de un vocabulario que en letras de molde no suele aparecer a la par. A las moscas homéricas se añade el atole mexicano. Es la poesía de un hombre que viaja en camión:

... todos estamos pobres: vivimos
viendo que tendemos la mano
y la retiramos siempre vacía.

En el tono se advierte un señorío firme, de convicción profunda. Ha comprendido el poeta en el mundo confuso que reconoce: "que hay muchos caminos que desconozco/ y que no es tan corta nuestra vida". Alfonso Reyes quería el latín para las izquierdas. El poeta que lo ha dominado cursa ahora los barrios de su pueblo. Toma las voces que oye y que antes estaban proscritas de su lenguaje poético y cumple el designio que se había fijado en aquellos versos de *Imágenes* que transcribimos antes ("En medio del alba mira..."). Pero ahora no está contento. Y detiene a los que pasan. Los llama —amigos, señores y señoras—; los interpela para hacerles ver lo que ve. Y sus palabras, que ya habían encontrado lo macabro, hallan ahora el sarcasmo y son a veces terribles. Es preciso ver la desolación y el deseo; lo que no se es y lo que se es; darse cuenta de que el mundo existe sin remedio; de que vivimos tiempos difíciles, de que nos cercan volúmenes dislocados; de que vamos a ir al vacío:

...subimos largas, interminables
escaleras ávidas, que de pronto
no son escaleras, y nos dejan
rodar al espanto, desde muy alto.

El estruendo de la calle llena su poesía; la agitan los demonios que bailan cha cha cha; encuentra "ahora palabras diferentes".

Algo que no entiendo, que desconozco
hunde sus tenaces raíces
en mi corazón, y las tuerce en busca
de una paz creíble, de un canto nuevo".

¿Es *Fuego de pobres* el canto nuevo? Es. Si en *Los demonios y los días* hay la voz que se rebela, en este nuevo libro, el esfuerzo de la voz es un esfuerzo de conciencia. Se trata de decir lo que venimos a hacer aquí en la tierra. De aceptar lo que somos, para ser plenamente a partir de ese conocimiento. Reminiscencias de versos ilustres sirven para que el poeta nos diga quién es: "soy el pobre, el viejo, el distinguido/ por el fuego del tósigo y la llaga". Pero no es la reminiscencia lo que más importa, sino lo que dice que es: pobre y distinguido, viejo. El lenguaje y la arquitectura del poema (el libro es a mi juicio en sus 38 cantos un solo poema) se compli-can; la pureza del cantar hace que a veces sea difícil en su entrega inmediata; no siempre, pues a veces también es la claridad del discurso poético la nota dominante:

No me ilusiono, admito, es de mi gusto,
que soy un hombre igual a todos.
Trabajo en algo, cobro
un sueldo insuficiente; me divierto
cuando puedo, o me aburro hasta morirme...

En su conjunto el poema es realista y con frecuencia es hermético. Los motivos que lo estimulan son evidentes; las relaciones que se dan entre esos motivos no; el proceso mental que las advierte y vincula, tampoco. El símbolo acude y asiste a la imagen, aunque el poeta nos diga:

Y conste que no hablo
en símbolos; hablo llanamente
de meras cosas del espíritu.

Las alusiones, inevitables, a una cultura que se posee y se domina, cifran partes oscuras y el mensaje no fluye a la altura de la razón; encima o abajo de ella, sí; pero es así precisamente como logra parte de la comunicación inmediata, la transferencia de la imagen, crea una atmósfera, se da en un tono que cuenta en sí mismo para establecer el contacto. El poeta ha subido a la mitad del foro; habla desde ahí sin embargo con palabras tenues, serenas, sensatas. La voz de la razón llama a la conciencia; hay que entender incluso lo que no se entiende; hay que admitirlo al menos. En un sentido filosófico, ha logrado una poesía cínica, que se empeña en ver las cosas tal como son; sólo a partir de ese punto de vista se podrá ir más allá. "Y aunque nada es seguro, me deleito en el lugar de la amistad, ahora". Por primera vez, acaso en el curso de toda su obra, aparecen los verdes; los que todavía no son, es verdad; pero se esperan: "Y yo te invoco en sueños, y me salvo,/ y al salvarme te salvo si me escuchas". El sueño es parte de la realidad; la evasión compensa la fatiga.

Quien crea que la incorporación de las expresiones vulgares a esta poesía es juego retórico, se equivoca; al transfigurarlas por algún elemento nuevo (como cuando dice no tener "ni mujer en qué caerse muerto") o dejarlas intactas, lo hace para fijar más pre-

cisamente los límites del instante que vive. También sería un error suponer que es un propósito indigenista o un afán nacionalista lo que lo lleva a beber en las fuentes de la poesía nahua; son indispensables para que conozca más profundamente el instante que pasa. Sólo con vista a esos dos elementos podía haber llegado a definir el tránsito humano al modo español del lenguaje mexicano:

Si estamos de pasada,
si nada más nos saludamos,
si habré de irme aunque no quiero.

Tránsito al cual no hay más salida —o mejor dicho, al cual no puede oponerse mejor permanencia— que el envite más hondo,

el reto mayor que se haya podido imaginar, y que se halla como elemento medular de todo "challenge" genuino: yo soy quien soy:

Me aconsejo, me advierto, me amenazo;
soy pues, aquí, yo mismo.
Y otro será el que salga, y no me importa,
por el zaguán de madrugada,
y cogerá los cantos que sembramos.

El canto nuevo, fuego de pobres que nos enriquece con su carbón enllamarado; fuego en el que Rubén Bonifaz Nuño ha tomado su parte "en el cantar", para amurallar contra el tiempo, por medio del arte, la desolada materia.

ANTOLOGÍA POÉTICA

CARA I
174"

QUÉ FÁCIL sería para esta mosca,
con cinco centímetros de vuelo
razonable, hallar la salida.

Pude percibirla hace tiempo,
cuando me distrajo el zumbido
de su vuelo torpe.
Desde aquel momento la miro,
y no hace otra cosa que achatarse
los ojos, con todo su peso,
contra el vidrio duro que no comprende.
En vano le abrí la ventana
y traté de guiarla con la mano:
no lo sabe, sigue combatiendo
contra el aire inmóvil, intraspasable.

Casi con placer, he sentido
que me voy muriendo; que mis asuntos
no marchan muy bien, pero marchan;
y que al fin y al cabo han de olvidarse.

Pero luego quise salir de todo,
salirme de todo, ver, conocerme,
y nada he podido; y he puesto
la frente en el vidrio de mi ventana.

•

PARA los que llegan a las fiestas
ávidos de tiernas compañías,
y encuentran parejas impenetrables
y hermosas muchachas solas que dan miedo
—pues uno no sabe bailar, y es triste—;
los que se arrinconan con un vaso

de Rubén Bonifaz Nuño

de aguardiente oscuro y melancólico,
y odian hasta el fondo su miseria,
la envidia que sienten, los deseos;

para los que saben con amargura
que de la mujer que quieren les queda
nada más que un clavo fijo en la espalda
y algo tenue y acre, como el aroma
que guarda el revés de un guante olvidado;

para los que fueron invitados
una vez; aquellos que se pusieron
el menos gastado de sus dos trajes
y fueron puntuales; y en una puerta,
ya mucho después de entrados todos,
supieron que no se cumpliría
la cita, y volvieron despreciándose;

para los que miran desde afuera,
de noche, las casas iluminadas,
y a veces quisieran estar adentro:
compartir con alguien mesa y cobijas
o vivir con hijos dichosos;
y luego comprenden que es necesario
hacer otras cosas, y que vale
mucho más sufrir que ser vencido;

para los que quieren mover el mundo
con su corazón solitario,
los que por las calles se fatigan
caminando, claros de pensamientos;
para los que pisan sus fracasos y siguen;
para los que sufren a conciencia,
porque no serán consolados,
los que no tendrán, los que pueden escucharme;
para los que están armados, escribo.

SIEMPRE ha sido mérito del poeta
comprender las cosas; sacar las cosas,
como por milagro, de la impura
corriente en que pasan confundidas,
y hacerlas insignes, irrefutables
frente a la ceguera de los que miran.

Por ejemplo: todos nos sentimos
mordidos por algo, desgastados
por innumerables bocas sin fondo;
algo sin sentido que nos deshace.
Preguntamos. Nadie responde.

Pero hay alguien: saca la cara negra
sobre la corriente de su río
de renglones cortos,
respira y nos dice: "¿Qué es nuestra vida
más que un breve día?", y entonces,
tocados de golpe, comprendemos:
sabemos que somos heno, verduras
de las eras, agua para la muerte.

Y no sólo el tiempo: los poetas
nos han enseñado la amargura,
el placer, el gozo de estar libres,
y el viento y las noches y la esperanza.

¿Qué hago, qué digo, qué estoy haciendo?
Es preciso hablar, es necesario
decir lo que sé, desvergonzarme
y abrir mis papeles chamuscados
en medio de tantas fiestas y gritos.

Y prestar mis ojos, imponerlos
detrás de las máscaras alegres
para que permitan y compadezcan,
y miren y quieran, y descubran
que estamos desnudos, que no tenemos.

¿CUÁL es la mujer que recordamos
al mirar los pechos de la vecina
de camión; a quién espera el hueco
lugar que está al lado nuestro en el cine?
¿A quién pertenece el oído
que oír la palabra más escondida
que somos, de quién es la cabeza
que a nuestro costado nace entre sueños?

Hay veces que ya no puedo con tanta
tristeza, y entonces te recuerdo.
Pero no eres tú. Nacieron cansados

nuestro largo amor y nuestros breves
amores; los cuatro besos y las cuatro
citas que tuvimos. Estamos tristes.
Juntos inventamos un concierto
para desventura y orquesta, y fuimos
a escucharlo serios, solemnes,
y nada entendimos. Estamos solos.

Tú nunca sabrás, estoy cierto,
que escribí estos versos para ti sola;
pero en ti pensé al hacerlos. Son tuyos.

Ustedes perdonen. Por un momento
olvidé con quién estaba hablando.
Y no sentí el golpe de mi ventana
al cerrarse. Estaba en otra parte.

NO ES una desgracia abrir los ojos
ni tener despiertos los deseos
y estar triste y solo y pensando.

Y no ser de aquellos que consiguieron
su placer a ciegas para cegarse;
su televisión después del cine,
sus bailes, su ruido, sus limonadas;
pero que a la medianoche se sientan,
pesados de sueño, densos, bestiales,
y gritan y luchan sobresaltados
para desterrar su pesadilla.

Bienaventurados los que padecen
la nostalgia, el miedo de estar a solas,
la necesidad del amor; los hombres,
las mujeres tiernas de ojos amargos;
los que en su comida han recibido
lo gordo del caldo del sufrimiento.

Porque de ellos es la desesperanza,
el insomnio, el llanto seco, las rejas
de todas las cárceles, el hambre,
y la fuerza lírica y el impulso
para desquiciar la desventura.

HE DETENIDO la respiración
para sentir si tú respiras.

A la vez has quedado tan presente y lejana.
Eterna casi.
Fuera del tiempo, sola, sin moverte.

Y me llenó el terror incontenible
de que te hubieras ido;
de que te hubieras muerto en sueños,
y me hubieras dejado entre los brazos
sólo una imagen clara,
un simulacro tibio, una perfecta
máscara tuya con los ojos cerrados.

Pero aquí está de nuevo
como una flor brotando, como el alma
de una rama florida,
dulce, otra vez tu aliento dulce.

Y en medio de un placer que de tan tierno
me acongoja,
de un sobresalto que me empequeñece,
de una paz en tumulto que me ahoga,
vuelvo a ser, y te miro.
Vives. Estás dormida.

UN TEMOR sin objeto,
una sorpresa temerosa
te toma de repente, te sacude
desde los pies hasta la nuca.

¿Oyes, acaso, en sueños,
que te busca una voz desamparada;
sientes, durmiendo, que no es justo
que tú descanses, mientras alguien
trabaja, mientras alguien se consume
de enfermedad, mientras alguno,
que tú pudiste amar, está muriendo?

Afuera todo sigue pareciendo
desesperadamente sin sentido;
lo comprende, convulso,
tu corazón amenazado.

Y quisieras correr compadecida,
temblorosa, quemándote
de caridad y de esperanza
y de fe, y recibir el sufrimiento
de todos en tus brazos débiles,
y con tu manto lleno de agujeros
cobijarnos a todos.

Y tu mano se mueve,
y un sonido agitado, una palabra
a medias, el principio de un gemido
cruza tus dientes. ¿Has llamado?

NUEVAMENTE el silencio
—nube exacta cubriéndote,
no traspasable atmósfera invisible—
te ciñe y te separa.

¿Caminas qué caminos,
qué atardecida fuente bebes,
qué interiores, pacíficos espejos
abre tu propia luz, en que te miras;
en qué oro relumbras engarzada?

Sobre tu sueño flotas
como en lago de aceite; nada existe
fuera de la quietud que te conduce.

Y como un puente milagroso,
tan tenue como el júbilo más tenue,
tan pensativo como un niño,
un movimiento acompasado
pliega las comisuras de tu boca.

TODO está bien ahora. Firme
como de piedra sobre piedra, el mundo.

Responsable en tu paz, te sientes
ligada y libre, solidaria.

Comprendes la desdicha,
amas la dicha humilde de las gentes.

Estás de juegos inocentes,
de amable amor, de alegres voces
humanas, de ternura simple
invadida y cercada.

Y no sabes si el aire es una playa,
si eres feliz porque cumpliste
los quehaceres del alma diarios:
porque recién lavada brilla
—cada parte en su sitio—
tu facultad de regalar el gozo:
o porque eres hermosa;
o si la primavera...

Algo, que alumbra todo, se refleja,
grave de consecuencias dulces,
en tu semisonrisa.

Todo está en orden; cada cosa
arreglada a su fin. Tan necesario
es tu mínimo gesto, como el acto
de entreabrir una puerta.

PORQUE yo estuve solo
quiero pensar que tú estuviste sola.
Que no te fuiste, que dormías.
Que me dejaste sin dejarme,
y me necesitabas
para poder estar contenta.

De cualquier modo, he recobrado
mi lugar en el mundo: regresaste,
te volviste accesible.

Me devuelves el tiempo,
el dolor, los caminos, la alegría,
la voz, el cuerpo, el alma,
y la vida y la muerte, y lo que vive
más allá de la muerte.

Me lo devuelves todo
encarcelado en la apariencia
de una mujer, tú misma, a la que amo.

Volviste poco a poco, despertaste,
y no te sorprendiste
de encontrarme contigo.

Y casi pude ver el último
peldaño del secreto que subías
al dormir, pues abriste
—muy despacio, muy plácidos— tus ojos
adentro de mis ojos que velaban.

NADIE sale. Parece
que cuando llueve en México, lo único
posible es encerrarse
desajustadamente en guerra mínima,
a pensar los ochenta minutos de la hora
en que es hora de lágrimas.

En que es el tiempo de ponerse,
encenizado de colillas fúnebres,
a velar con cerillos
algún recuerdo ya cadáver;
tiempo de aclimatarse al ejercicio
de perder las mañanas
por no saber qué hacerse por las tardes.

Y tampoco es el caso de olvidarse
de que la vida está, de que los perros
como gente se anublan en las calles,
y cornudos cabestros
llevan a su merced tan buenos toros.

No es cosa de olvidarse
de la muela incendiada, o del diamante
engarzado al talón por el camino,
o del aburrimiento.

A la verdad, parece.
Pero sin olvidar, pero acordándose,

pero con lluvia y todo, tan humanas
son las cosas de afuera, tan de filo,
que quisiera que alguna me llamara
sólo por darme el regocijo
de contestar que estoy aquí,
o gritar el quién vive
nada más que por ver si me responden.

Pienso: si tú me contestaras.
Si pudiera hablar en calma con mi viuda.
Si algo valiera lo que estoy pensando.

Llueve en México; llueve
como para salir a enchubascarse
y a descubrir, como un borracho auténtico,
el secreto más íntimo y humilde
de la fraternidad; poder decirte
hermano mío si te encuentro.
Porque tú eres mi hermano. Yo te quiero.

Acaso sea punto de lenguaje;
de ponerse de acuerdo sobre el tipo
de cambio de las voces,
y en la señal para soltar la marcha.

Y repetir hasta el descanso
que no es para llorar, que no es decente.
Y porque, a la verdad, no es para tanto.

VOLARON águilas, leones
gimieron vencedores. Alas lívidas
despliega en mi cabeza el vino.
Y un orden puro, como el de la noche
en torno de las mesas, se construye.

Y aunque nada es seguro, me deleito
en el lugar de la amistad, ahora.

Como puño de tierra es lo que hacemos;
como otoño en las ramas, que anticipa
un crujido de brasas a la tierra
descolorida de mañana.

Tal vez alguien nos mira, que se ríe;
alguien burlándose nos mira.

Y ciertamente pasa: no son verdes
los brotes nuevos todavía,
y el tronco ya es de viento y sin raíces.

Escribo: "este momento", y el momento
en que escribo se fue. Ya tan borrado,

ya tan irreparable como siglos
de antes que naciera.

Pero nadie me quita el encontrarnos,
la riqueza fortuita, y la emboscada
tendida por la suerte que se oculta
en los atrios del día.

Olor como de estar lloviendo,
como de frutas húmedas, mercados,
la memoria me habita, me sumerge.

Quizá dormidos somos,
verdades de dormidos conocemos.
Tal vez alguien nos mira que dormimos.

Y yo te invoco en sueños, y me salvo,
y al salvarme te salvo si me escuchas.

HOJA al aire, indefensa, detenida
apenas, única en el árbol
enrojecido y respirante; ojo
sobresaltado, abierto, lúcido:
en el temor mi corazón. Asfixia,
duermevela con fantasma inminente.

Deshabitado el traje suspendido,
suena con un temblor de piel que busca
su bestia desollada, su materia
de bestia próxima pudriéndose.
Oh, muerta, muerta, muerta.

Ineficaz del todo fue la sábana
subida hasta la nuca;
fija por nuca y manos, escudando
de la noche agresora y sus viscosos
jirones; y sucumben la garganta,
y los flancos y el vientre
sin armazón de hueso que los guarde.

Y qué de lo que pasa
clandestino, mimético sombrío;
lo invisible y con ruido, comprensible
por el tacto pasivo; la caída
al hielo tenue que dimana
del espinazo, y a la lengua
que tiembla y enmudece,
y al paladar de bóveda eclesiástica.

Ahora bien: ¿Soy este que se calla?
¿Soy el que gime lejos? ¿El que viene
soy, el que va saliendo, el que se queda?

¿Para qué servirá, de qué me vale
querer, sabiendo lo que sigue?
Si la sonda desciende, naufragada
sin esperanza y sin regreso,
al fondo inalcanzable que le huye.

Yo conozco las caras que se parten
en dos y en otras dos y en otras;
elementales casi formas
disfrazadas de ausentes enemigos.

Y en torno crujen las marchitas
maderas lamentables,
como un otoño cruje, como crujen
barcos difuntos, abrasados troncos,
alas crispadas y caducas
de domingos de ramos polvorientos.

ERA TAMBIÉN de fuego:
sobre el tizón, hirientes, casi diáfanas
violetas duras a los ojos,
coronadas de oro. De esto era,
de esto se construía bajo el humo.

También como de alas en asalto;
pluviales hojas enjambradas,
arboladuras de reloj a vela.

Y en vela yo, sumiso y vigilante
a la corriente en que me estoy hundiendo.

Buscando quién me soy cuando soy este
sabor labiodental, que sobrenada
entre las redes del aroma;
estos golpes de tacto en soñolientas
aguas desembocando; quién me nace
—póstumo ya— si la serpiente
de música enjoyada quiebra
el cascarón, y adelgazándose
—sensual, bicéfala y exacta—
cruza la puerta doble del oído.

En venta está mi cuarto, y de la mano
saco a la calle mis rincones.

Me dieron el indulto cuando estaba
ya contra la pared, y ojivendado.

Allí donde vivimos,
en el lugar en que nos conocemos;
donde la noche oscura, que amanece

CARA II
18'2"

de las cinco prensiles
advocaciones ávidas del alma.

Y era como el silencio que tú sabes;
como de casa grande, como ramas
de anochecido pueblo solo.

Yo soy hombre, y me callo tantas cosas
que tendremos que hablar cuando tú quieras;
la orquestada pasión, y las raíces
de aquellos ojos míos que me miren
desde el sembrado sitio de tus ojos.

Me sobrevivo en vela, mereciendo
que al corazón me apunten al matarme.

VIÉRAMOS, amarilla, construirse
la corona sulfúrica de humo
en la huella del chivo, y floreciera
la doliente señora del incienso
con el siete de espadas.

Viernes santo.

Y más: la pesadumbre
que con uñas insomnes nos exprime
del corazón un grito de dormido.

Pero ya no recuerdo ni siquiera
lo que pude contarte; no me acuerdo
ni siquiera de nada. Y estoy vivo.

Eso también se fue: la frente
desde el hueso más alto, las dentadas
herraduras, la lengua llamadora;
arrancado el mentón hasta los ojos.
Y estoy vivo y hablando.

Por el que fuera, alguna vez, saciado;
por el hartado siempre, y el hambriento
por el que fue admitido en el misterio
de las familias, en la casa
de luces cantadoras;
por el que pasa oyéndolas, atado
a su mástil, por remeros sordos
de sangre conducido, estoy hablando.
Y por quien vuelve, fuera
de tiempo, a recobrar sus pasos.

Pues todo es a matar; el hoy amputa,
con el mañana, la esperanza;
mientras ojivació, mutilado
de pasos progresivos,

con un temblor de perros interiores
saludo al día último que pasa.

Noche de viernes santo, sin futuro
de abierta gloria sabatina.

Pesa la luz contralto, en contrapunto
con la flauta preciosa.

Y ciertamente, sólo el viento
es quien revuelve mis papeles
y me vuelca el tintero, y me recorre
con un filo de azogue.

Yo me pregunto: el agujero
en que muevo las manos, si las subo
al lugar de mi cara,
¿espejo de qué amor está ocultando?

ÁREA sonante, ovario
de la noche carnal; abrevadero
insistente y monótono en la arena
del oído terrestre.

Y tocar, hacia dentro, el oleaje
como aquel remotísimo, asilado
en lo vacío de las conchas. Úrna,
seda contigua que despliega
en hileras cayendo, una por una,
golpes de espuma deslazada.

Concha de labios húmedos, saliva
en los labios inmensos.

Y yo mismo,
¿qué escalofrío soy, qué gobernado
—como presa de un águila— deleite?
Y tú desnuda, la que viene,
la desnuda en los bordes de su boca.

Por lo demás, hay cosas
que se comprenden fácilmente:
los relámpagos duros del galope,
los lechos consagrados, la ablandada
mano de las entrañas a rebato,
y un sabor permanente de estar vivos.

Ahora y en lo próximo, corales
tras la puerta sombría; lengua súbita
abre y señala claustros al incesto
de la boca y la oreja, complicadas
en el secreto. Paso de cantiles,
garganta de campana en que te escucho,
latiendo, hacerte y deshacerte.

Y es el vino violeta de tu sangre,
y es tu extensión de leche, y tu sin término
río desenredándose que vuelve
en mí sobre sí mismo, desatando,
regresado de sonoras honduras,
de inconsumibles fondos admitido.

Hora ritual de los cuerpos atentos;
ceremonial donde salvado,
como el hueso en la fruta, me reúno;
como el que no ha nacido,
como en agua materna, respirando
sonido respirado, en el deleite
de oírte sumergido. Está sonando
tu corazón. Ahora está sonando.

Ahora y en lo oscuro. Y llovedizas
plumas innumerables se desgarran,
y sal y tinta, construidas
de muy adentro, en olas enrojecen.
Y la unión era lícita, sellada
con las arras solemnes del naufragio.

•
AMENAZADOS, contundidos.
Umbrales en peligro. Yo diría
que es por la edad; que con la edad aumenta
de largo y de redondo el esqueleto;
que los forros van quedando chicos
a los huesos salientes, y se muestra
desvergonzadamente la cebrada
torre de las costillas, y los goznes
arácnidos de pies y manos
bailan al viento más, y se descubre
la florecida risa amarillenta
de un cirquero sin bienes.

Yo diría
que no es cosa de miedo;
que uno es capaz de acostumbrarse a todo.

¿Pero de dónde este sabor sangriento
de casi vegetal ramaje,
que hay en la boca de la madrugada?

Yo diría
que con la edad uno se va enterando,
sin querer darse cuenta, de las cosas.
Uno va sospechando lo que pasa.

—A veces, se me vuelve
áspero el aire, y corruptible:

humo, jarabe fermentado,
con burbujas como huevos de mosca—.

Yo me esfuerzo hasta el límite,
resistiendo la embestida narcótica
que me junta los párpados, el ruido
fluvial de los rincones, la parálisis
que sube por el cuerpo ingobernable.

Soy desnombrado y sometido
al desorden amnésico del sueño.
Agrimensora larva ciega,
hostia de comuniones pegajosas,
antena soy, prestada
a mensajes malévolos; inerte
piel aterrada y dócil,
dada sin opinión al besuqueo
de lenguas líquidas y amargas.

Y estas hormigas, y este grito
en este corredor, y esta caída.
Y esta mujer —¿de quién?— que se levanta
de junto a mí; la adúltera culpable;
la que se viste ahora, preparada
para ya no volver, y que prodiga
este preñado olor de cosa
subterrestre y marina, subcutánea;
solamente despojo tierno
de entrañas conmovidas.

¿Y qué fondo sostiene lo que veo;
el nombre que me dan, el que respondo;
qué sustancia revelan
los aceites lustrales, el bautismo
del despertar de cada día?

Quando la noche, como la marea
que tiende al naufrago en la playa,
nos devuelve a la casa compartible,
a la mesa del día de la tierra,
al cotidiano espejo
familiar, al oficio de las gentes;
carcomidos por la sal del sueño,
como un temblor agavillados por la vida
que nos pasa de claro, ¿quién despierta?
¿Quién está salvo y sano y en seguro?

Crece la calavera y me acostumbro.
Y al murciélago azul crucificado
que fuma en el zaguán, y a los retratos
que yacen juntos en el cementerio,
y al nagual ominoso.

Yo diría.

NO ME ilusiono, admito, es de mi gusto,
que soy un hombre igual a todos.
Trabajo en algo, cobro
un sueldo insuficiente; me divierto
cuando puedo, o me aburro hasta morirme;
hablo, me callo a veces, pido
mi comida, y a ratos
quisiera ser feliz gloriosamente,
y hago el amor, o voy y vengo
sin nadie que me siga. Tengo un perro
y algunas cosas mías.

En general, no estoy conforme
ni me resigno. Quiero mi derecho,
de hombre común, a deshacerme
la frente contra el muro, a golpearme,
en plena lucidez, contra los ojos
cerrados de las puertas; o de plano
y porque sí, a treparme en una silla,
en cualquier calle, a lo mariachi,
y cantar las cosas que me placen.

También, monumental, hago mi juego
en serio con las gentes,
según las reglas, y reclamo
mis ganancias y pérdidas, y busco
la revancha, o perdono
por generoso o por flojera.

Manos de hombre tengo; manos
para tomar, de las cosas que existen,
lo que por hombre se me debe,
y, por lo que yo debo, hacer algunas
de las cosas que faltan.

Y reconozco que me importa
ser pobre, y que me humilla,
y que lo disimulo por orgullo.

Tú, compañero, cómplice que llevo
dentro de todos, junto a mí, lo sabes.
Hermano de trabajos que caminas
en hombres y mujeres, apretado
como la carne contra el hueso,
y vives, sudas y alborotas
en mí y conmigo y para mí y contigo.

HERVOR de calles; desembocadura
de pábulo ardiendo, en la caldera
sediciosa del mísero.

Como hierba de gritos, como en humo
lumbrarada de pelos espantados;

como chubasco tupidísimo
y turbio, en ascensión. Así llegaba.

Y alégrate si nadie, en esta plaza,
si nadie, de tan juntos y de tantos,
puede caer; si nadie puede
ser abatido; si no puede ninguno
dejar su sitio sin morirse.
Cada uno en el centro,
en medio cada uno, circundados.

Nace la gloria para ti, mi hermano;
mi muy reverenciado, mi sin dicha,
mi desgraciado pobre, mi vecino;
mi, como yo, despierto.

Mira: el sin tregua, el desterrado
con injusticia, y el que canta,
mi hermano de tu hermano, y el hambriento
y la sed que aumentó de puerta en puerta;
y vienen con nosotros el inválido,
y el muerto a solas, y el sin nada.

La gente de este lado, que ha salido
de quemados olivos todo el año;
de carnívoras cruces que alimenta
el gran poder de la traición; de niños
abortados surgiendo;
de mujeres para siempre olvidadas.

Desde el cogollo del dolor, humea
la libertad ensangrentada.

Mira

que fauces de león se descoyuntan;
que ya la fiesta del alumbramiento
aúlla y rinde frutos,
y el profeta en su tierra,
de innumerables bocas coronado,
resuena, y las banderas gimen,
y las hondas volando y empedradas.

Y el milagro del horno y de la harina
se acerca, y los ejércitos inmóviles
con la resurrección, y las trompetas
de los finales pájaros terrestres.

ÁBRESE el fuego, y salta la burbuja
metálica de un pez; barre los ojos
una flor instantánea; doble salto
mortal, ensaya el corazón. Amigos,
algo mejor gocemos que un lamento.

Ya, para no caerme, estoy colgado
de tu clavo, alegría; de tu absorto
badajo, de tu azúcar infalible
de mujer conseguida.

Has caminado
de gusto, te has sentado de gusto,
has llorado de gusto hasta reírte.

Eras tuya, y bailabas, y las piernas
no te dolían tanto. Y es domingo.

Escaleras del aire, pan del día,
turquesa el vuelo entre nosotros.

Y de pronto es domingo,
y hay gente, y es de fiesta
y fraterna la gente, y es ahora,
y hay el viaje y la carta recibida
y el intercambio de la contraseña,
y la risa espiral regocijada.

Risa del pobre, cúpula sin suelo
por sí misma orquestándose;
música sin orquesta que la amarre,
deslimitándome, soldándome,
compacta, el dentro y el afuera.

Desde la almendra glandular me encumbra,
desde las cuatro alcobas
cordiales, me trabajas, alegría;
plural jarabe, rosa visitante,
llave de toda cerradura.

Amigos, ha pasado la nocturna
concepción de los cantos, y la víspera
de cristal doloroso, y la semilla,
y está el deleite con nosotros
como vino de suyo madurado.

Y está en las manos el solemne
fulgor; el número premiado
en esta lotería de campanas.

•

CRECE la torre nueva en el naufragio
del muro combatido;
del alveolo de la sal, el rumbo
celestes de la espiga, el transparente
olor de la manzana, y surgen
el olivo y su perla amarillenta
y los suntuosos pórticos del vino.

Canto que no aprendí, silencio
en que instituye el canto las raíces.
Y establecida sobre el alma, sube
la lengua: cera y pábilo
bajo voraz corona encandecida.

Ámbito de la casa es, y casa del traje,
y traje para el cuerpo,
y cuerpo de la voz.

Esfuerzo mío,
tribu de sílabas concordadas,
ábreme campo afuera. Tú, que puedes,
introdúceme al coro; así, al oficio
de fundar la ciudad sobre cenizas
de vencidas ciudades. Buen oficio.

Derrame el canto sus caminos
como una primavera de cimientos.

Cirio sonoro, fundación, arroyo
de abejas parcas, arribando
al seno acelerado de la llama.

No solamente mínimo
brasero, engarce de la ofrenda
en aroma desnudo que desgarras
sus ropajes de humo;

sí manantial de macizas paredes,
de azules templos para bordadoras
calladas, de albañiles coronados,
de dulces padres carpinteros,
de manos como príncipes que rijan
el sabor unitivo de la espada.

Oh, si me fuera dado el alegrarme
con mi fuerza de hombre, si mi orgullo
(¿a quién volver los ojos?),
como el amor, clarísimo al mirarte,
para siempre naciera,
y en torno, y habitada y ofrecida,
la ciudad y la gente suscitada
por el orden del canto.

En esta hora
y mientras en la plaza, el más valiente
cumple el parto viril de la futura
gloria de su bandera. Golpe
de sol, racimo grave de linajes.

Y estar herido y pobre, y estar vivo
y vencedor, y redimido,
y para siempre ya desenterrado.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente

PROF. MAX AUB, Secretario

PROF. ANTONIO ALATORRE, Vocal

SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal

DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal

SR. ALÍ CHUMACERO, Vocal

LIC. JAIME GARCÍA TERRÉS, Vocal

LIC. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, Vocal

PROF. LUIS VILLORO, Vocal

IMPRESO EN MÉXICO. TALLERES GRÁFICOS DE LIBRERÍA MADERO, S. A.

Diseños de VICENTE ROJO